



EL ORDEN DE NUESTROS DESEOS  
**(LA TEMPLANZA)**

**TEMA 8** / SESIÓN SEGUNDA

## TEMA 8 / SESIÓN SEGUNDA

### IDEAS

- El objeto de la templanza es la moderación de los placeres y el equilibrio en el uso de los bienes creados.
- La templanza no nos separa del placer, sino del placer desordenado, que no es capaz de alcanzar el verdadero fin del deseo.
- La misión de la templanza es recoger las fuerzas vitales de la persona y *encauzarlas de forma que se conviertan en fuente de energía para la verdadera realización personal.*

### DESARROLLO

*Catecismo de la Iglesia Católica, 809: La templanza es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados.*

El texto citado del Catecismo nos recuerda cuál es el objeto de la virtud de la templanza, esto es, la moderación en la atracción de los placeres y el uso equilibrado de los bienes creados.

Ya vimos en el tema anterior la necesidad de no caer en la ingenuidad de pensar que el hombre es dueño absoluto de sus deseos y que los vive siempre en la verdad y bondad. Los griegos ya supieron poner nombre a la fragilidad del hombre, el vicio, y también apuntar el remedio, las virtudes. La Iglesia supo sacar partido de la sabiduría alcanzada por los filósofos y “sabios” paganos (cf. 1 Co) y darle impronta cristiana. Así en consonancia con la doctrina de las virtudes (cardinales) se desarrolló la doctrina de los pecados/vicios (capitales; cf. San Buenaventura). Recordando algunos de ellos podremos percibir la necesidad de la virtud de la templanza.

En primer lugar haremos referencia a dos pecados capitales relacionados con dos instintos básicos en el hombre, los de la pervivencia propia y de la especie, que relacionamos a su vez con el instinto sexual y el apetito. Estos pecados/ vicios son la gula y la lujuria. Ambos hablan de las consecuencias de la falta de templanza/moderación/orden. La falta de templanza en estos placeres/deseos lleva a una esclavitud que acaba dañando la salud y poniendo en peligro la dignidad propia y de los otros.

La templanza se manifiesta necesaria cuando recordamos otros pecados capitales (vicios): la avaricia y, como su compañera, la ira. La usura y la violencia son lacras que provienen de las pasiones humanas desordenadas por las cosas de esta tierra (materiales y personales), donde se busca poseer y disponer de todo lo material y personal sin mesura en beneficio propio. Quien quiere alimentar sus deseos e instintos sin consideración del prójimo acaba dañando al otro y, también, a sí mismo.

Si hemos citado los pecados capitales es porque en ellos reconocemos con especial dramatismo la existencia del pecado en nosotros y sus efectos nocivos (cf. pérdida de la medida creacional (orden/cosmos/belleza) por haber abandonado a Dios y roto su plan). Esta fragilidad congénita del hombre nos invita a considerar la necesidad de practicar la virtud, crecer en la virtud. Siguiendo la enseñanza de santo Tomás, debemos decir que la templanza no aparta de los placeres sin más, sino de aquellos placeres vividos desordenadamente y, por ello, más allá de los límites marcados por el Dios creador que quiere llevar al hombre a su medida perfecta. La templanza cristiana no negará pues los deseos que forman parte de la naturaleza (*Santo Tomás ST* q.141) y del plan de Dios, sino que los elevará en el amor de Dios (cf. gracia).

En el contexto del pecado, la templanza conlleva considerar la necesidad de una ascesis propia de toda vida cristiana, esto es, la colaboración del hombre que debe buscar las disposiciones que le lleven a la recta vivencia de los deseos y recto uso de los bienes creados. Todo ello será objeto de nuestra reflexión y lo que nos permita hablar, en cristiano, de los placeres de la vida. Dentro de una vida buena está saber vivir su lado placentero, esto es, satisfacer los deseos que Dios puso en el hombre y que el mismo quiso saciar con los dones de la creación (cf. *Gn* 1,28: materiales y personales). Dios mismo dispuso que el hombre pudiese disfrutar y dar cumplimiento a sus deseos e instintos (cf. dentro de su plan/vocación). Dios nos “puso” en una tierra que “manaba leche y miel” (*Gn* 2,15) y nos dio el matrimonio, la familia y la amistad donde nuestros instintos de comunión y comunicación de vida (cf. *Gn* 2,18) encontraban reposo y plenitud (cf. paraíso).

Los grandes personajes del AT supieron celebrar la vida, agradecer los hijos (cf. *Gn*21,8), disfrutar de los dones de la tierra y alegrar el corazón con ellos (cf. *Ex*, 23,16). Jesús mismo supo disfrutar de la amistad y de los bienes creados. Supo descansar en casa de los amigos (*Lc* 10,38s) y sentarse a disfrutar de los banquetes en su honor (Cf. *Mateo: Mt* 9,9-13; *Lc* 19,5-9: *Zaqueo*).

El Señor, a impulsos del Espíritu, nos invitó a celebrar la vida (cf. *Jn* 2.1ss) y a no sucumbir al pecado, pero sólo El (y su Madre, la Virgen) no conocieron el pecado. El resto de los hombres ponemos resistencias al Espíritu y la práctica de la virtud de la templanza solo se realiza en medio de duras batallas y no sin algunas derrotas (cf. necesidad del sacramento de la confesión). Por eso también el Señor nos dejó un ejemplo a seguir, cuando se trata de luchar contra el pecado. Al comienzo de su vida pública, a impulsos del Espíritu, Jesús se retira al desierto, donde recordando el camino del Éxodo (*Mt* 4,1ss), nos enseñó que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (*Mt* 4,4). En medio de la austeridad del desierto (cf. ascesis), el Señor nos invitó a devolverle a Dios su puesto, su lugar preeminente y a saber esperar todo de El, sabiendo que El es el Dios providente; El nos exhorta a recolocar bien la vida y los deseos, sabiendo que al final Dios sale en ayuda de nuestra necesidad (cf. *Mt* 4,11: los ángeles servían al Hijo del hombre; el

desierto se torna paraíso). Este pasaje de la vida de Jesús nos puede enseñar que la virtud de la templanza crece en la austeridad y que la austeridad (cf. ascesis) nos ayuda al dominio interior. Por ello, la virtud de la templanza (cf. “moderación” o “sobriedad”) es a menudo alabada en el AT y NT: “No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena” (Sl 18, 30), vive “con moderación, justicia y piedad en el siglo presente” (Tt 2, 12).

*La misión de la templanza es recoger las fuerzas vitales de la persona y encauzarlas de forma que se conviertan en fuente de energía para la verdadera realización personal.* «La templanza tiene un sentido y una finalidad, que es hacer orden en el interior del hombre. De ese orden, y sólo de él, brotará luego la tranquilidad de espíritu». Gracias a la templanza, las pasiones, en lugar de obnubilar a la razón, colaboran con ella y con la voluntad en el discernimiento y la realización del bien. La virtud de la templanza se ejercita en el camino concreto del día a día y hay que aterrizarla en nuestra vida conociendo lo que ayuda a templar y dominar los deseos. Según una máxima de la vida espiritual no existe vida cristiana sin sacrificio, sin mortificación, sin saber resistir a la tentación y morir al pecado (cf. el Catecismo 2520 habla de combate). Recordamos, a modo de ejemplo, cuál era el contexto donde santo Tomás encuadraba la virtud de la templanza en la vida del hombre. En la doctrina del Aquinate, dos eran las condiciones necesarias, aunque no suficientes, para que se diese esta virtud: la *vergüenza*, «que nos hace huir de la torpeza que implica el acto de la intemperancia», y la *honestidad*, que inclina a amar la belleza intrínseca de los actos moderados por la virtud de la templanza (cf. orden de Dios). La vergüenza se relaciona con el *pudor*. El pudor es la actitud de la persona que no quiere exponerse a la mirada ajena cuando se entrega a otra persona, en un contexto de amor e intimidad; el pudor sabe guardar la dignidad del cuerpo que está llamado a este amor. Igualmente el pudor enseña a no exhibir la interioridad (dones y cualidades) con arrogancia. Por su parte, la honestidad nos ayudará a evitar impulsos pasionales que se sustraen al dominio de la razón (cf. engaño/error) y a buscar la moderación y el orden de la razón para que nuestra conducta llegue a ser decente, decorosa, moralmente bella, digna de honor. Esto no se podrá vivir sin practicar la abstinencia, la sobriedad y la castidad.

La templanza cristiana se enraíza en las virtudes teologales que son infundidas en el bautismo al recibir el don del Espíritu Santo. No se puede entender el combate contra el pecado sin la asistencia del Espíritu, tal y como encontramos ya en el relato de las tentaciones del desierto arriba citado.

Para terminar recordamos la cita de san Agustín que aparece en el Catecismo al final de la exposición de las virtudes cardinales: «Nada hay para el sumo bien como amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. [...] lo cual preserva de la corrupción y de la impureza del amor, que es lo propio de la templanza.... (San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae*, 1, 25, 46).